

ción como muchas otras cosas a las cuales denominamos «naturaleza humana». «El instinto reside allí simplemente por ser instinto, semejante en esto a todos los demás instintos heredados con el germen del plasma de la sangre. Nada significa que los ascendientes inmediatos de un hombre hayan o no tomado parte en batallas»<sup>1</sup>. Los biólogos modernos han perdido ya toda esperanza de disminuir la fuerza del rebañego instinto guerrero que continuará latente en todo su vigor aun cuando varias generaciones hayan transcurrido sin caer en la guerra. Nuestra actitud debe dirigirse a la apreciación completa de las relaciones íntimas y originales entre la cooperación de grupo tan preciosa e indispensable para el hombre y el instinto de defender el grupo mismo o mejorar sus intereses por la violencia, que significa guerra.

## II

No hemos comenzado discutiendo la guerra sino la nacionalidad. La guerra actual, sin embargo, es lo que ha forzado nuestra atención hacia la nacionalidad, y la razón es obvia. El espíritu de cuerpo se manifiesta en dos orientaciones diversas: dentro del grupo se define en cooperación amistosa y leal, en estimación exagerada de las hazañas del grupo y deleite en recordar que somos miembros de la comunidad; pero todos estos rasgos se exaltan inmensamente por la consciente rivalidad con otros grupos, y en particular por ataques reales o supuestos del exterior. El patriotismo se compone de dos ele-

<sup>1</sup> Woods y Báltzley «Is War Diminishing?», p. 21.

mentos muy distintos: amor de su propia patria, y desdén y antipatía por los demás pueblos. Desgraciadamente, una vez que llegan a despertarse estos últimos sentimientos, asumen extraordinaria intensidad y carencia de discernimiento. Un individuo que jamás hubiera demostrado el menor espíritu público y que consecuentemente hubiera evadido con destreza el pago de sus impuestos en tiempo de paz, correría a las trincheras al son de la corneta, arrastrado por propiedades innatas de su naturaleza de las cuales él mismo nunca habría sospechado la existencia. La danza guerrera la tenemos en la sangre. Y esto no es simplemente figura oratoria sino conclusión científica y auténtica basada en observaciones históricas y antropológicas. Como lo expresa el señor Max Eastman: «La disposición del pueblo europeo, agrupado en naciones, para lanzarse a la guerra cuando su patria está amenazada, y de creerla amenazada con el pretexto más ligero, parece residir en el tejido nervioso lo mismo que la defensa propia. Hombrés que no contribuirían al bienestar público con ocho centavos en tiempo de paz, arrojan a los vientos su capital, su crédito, sus expectativas comerciales, y sacrifican también su vida como una bagatela al influjo de una concepción extraña y abstracta llamada el Estado.» Jamás podríamos explicar esto sin admitir que aquella concepción abstracta, por ajena que parezca a nuestros intereses y aspiraciones diarias, es el equivalente moderno del grupo que formaba la tribu en la cual nuestros selváticos antecesores nutrieron la naturaleza que nos han transmitido a nosotros sus descendientes.